



OMNIPOTENS



Santa Teresa de Jesús

Tres Cantos

OMNIPOTENS

**JÓVENES DE SANTA TERESA DE JESÚS
DE TRES CANTOS
(24 DE ENERO DE 2021)**

INTRODUCCIÓN

Observa el universo. Contempla todo el espacio vacío que hay a nuestro alrededor. Contempla toda la materia que existe: es ínfima en comparación con la inmensidad del universo. Contempla la posibilidad de la vida en el universo: sólo conocemos un lugar con vida, y es el nuestro. ¿Y cómo es la vida mientras dura? Cierta autor, cuando era ateo, se atrevió a responder: *Todas las formas de vida subsisten solamente mediante la depredación. En las plantas esto sólo implica la muerte. En los animales implica también la conciencia del dolor. Las creaturas producen dolor al nacer, viven causando dolor y, en su mayoría, mueren con dolor. En la criatura más compleja de todas, el hombre, se manifiesta también la capacidad de la razón, que le permite prever su dolor. Pero también le permite ingeniar maquinaciones, que es a lo que llamamos 'civilización'. Pero todas las civilizaciones han causado dolor, han sufrido y han desaparecido. Si me pide que crea que esto es obra de un espíritu benévolo y omnipotente, mi respuesta es que toda evidencia apunta en sentido opuesto: o a éste el Biel y el mal le son indiferentes, o se trata de un espíritu maligno.*

Esta posición puede llegar a seducir a cualquiera. No hay nadie que pueda negar que en este mundo existe el dolor. Pero, entonces, ¿cómo es posible que a alguien hace mucho tiempo se le ocurriera atribuir la existencia de este universo a un ser al que llamamos 'Dios'? ¿No sería atribuirle su propia condenación? Podríamos continuamente echarle la culpa de todo lo que nos pasa. Es un ser maligno que solo disfruta viéndonos sufrir. Y nosotros tenemos que soportarlo y combatirlo como buenamente podamos.

Hay algo más: ¿y si a ese que llamamos 'Dios' además nos atrevemos a decir que es 'omnipotente'? ¿No nos ayuda porque

no quiere? ¿No nos ayuda porque no puede? Entonces, ¿qué clase de omnipotencia tiene que no puede hacer lo que quiere?

Y todavía más: ¿y si a ese que llamamos ‘Dios’ además nos atrevemos a decir que es ‘bueno’? ¿Su bondad consiste en no ayudarnos cuando más le necesitamos? ¿Su bondad la ejerce sólo sobre aquellos a quienes a él le parece bien ejercerla? ¿Su bondad no podría arrancar nuestro dolor? Entonces, ¿por qué no lo hace?

Recorramos brevemente este camino para comprender en qué consiste la omnipotencia y la bondad de Dios.

LA OMNIPOTENCIA

Si Dios fuera bueno desearía que todas sus creaturas fueran perfectamente felices, y si fuera todopoderoso sería capaz de hacer aquello que desea. Por lo tanto, Dios carece de bondad o de poder, o de ambas.

Es muy común que en una discusión con un no creyente nos diga que de existir y ser bueno haría esto o aquello. A veces no sabemos qué responder. Si le respondemos que no es posible, no es raro que nos encontremos con la réplica: “se suponía que Dios era omnipotente y que puede hacerlo todo”.

¿Qué es imposible? Imposible es que yo vea la calle en su conjunto desde donde estoy sentado. A menos que me suba a la azotea, donde estaré lo suficientemente alto para tomar distancia y ver la calle completamente. A menos que me hubiese roto las dos piernas y no pudiese andar ni existiese un ascensor para subir hasta la azotea. A menos que lleguen unos amigos dispuestos a subirme hasta la azotea sobre sus hombros. A menos que se haya derrumbado la escalera y solo pueda subir con un helicóptero o escalando la fachada. A menos que... Muchas veces llamamos imposible a lo que no podemos hacer en las circuns-

tancias actuales. Pero esta imposibilidad estaría muy reducida a circunstancias que pueden cambiar y rompen la imposibilidad.

Imposible es ver un ángulo redondo. Imposible es ver un círculo cuadrado. Imposible es ver un hierro de madera. Esto sí es imposible de verdad, porque es contradictorio. No cabe la posibilidad de que cambiando las circunstancias actuales pueda siquiera suceder. Es imposible bajo toda condición, en todos los mundos y para todos los agentes. Y cuando decimos para todos, también lo es para Dios.

Podemos imaginarnos un mundo en que Dios a cada instante corrigiera los resultados del abuso de nuestra libertad. De esta manera, que una viga de madera se volviera suave al ser usada para pegar a alguien, y que el aire no propagara las ondas sonoras portadoras de mentiras o insultos, o que la pólvora estallase en flores cuando fuese a causar la muerte de alguien. Pero en un mundo así, los errores serían imposibles, y por lo tanto, no tendríamos libertad. Que Dios puede modificar el comportamiento de la materia y producir aquello que llamamos milagro es parte de nuestra fe, pero esto exige que las ocasiones de los milagros fueran extremadamente excepcionales, pues si no, no serían milagros.

Sí. Dios es omnipotente. Pero Dios no puede crear una piedra que no pueda mover. Dios no puede crearnos libres y después retirarnos la libertad cuando no le convenga. Dios no puede dejar de amar porque Dios mismo es amor. Y esto no le resta nada de su omnipotencia. Dios es omnipotente y puede hacer todo lo que puede hacer. Porque *nada hay imposible para Dios*.

LA BONDAD

A veces decimos que no entendemos a Dios. Hay ocasiones en las que pretendemos forzar la realidad para comprenderla como si Dios fuese alguien a quien no entendemos para nada: “sus caminos no son nuestros caminos”. Hay momentos en los que cuando nos quedamos sin respuestas, para no negar a Dios y creer que Él sabe más que nosotros, nos conformamos con decir que si Dios lo ha querido así será por algo. Pero esto sería como decir que lo que es malo para mí es bueno para Dios. ¡Pues vaya clase de Dios nos hemos echado encima! Además, esto nos hace tener a un Dios tan extraño, desconocido e incomprendible que le obedeceremos y aceptaremos su voluntad solo porque por el miedo que le tenemos.

Para entender la bondad de Dios necesitamos partir de nuestra idea de lo que es bueno. Muchas veces, lo que es bueno, lo tenemos inscrito en el corazón y en la mente como una idea. Imaginad un círculo perfecto. Ahora, intenta dibujar un círculo perfecto a mano alzada. Nunca nos sale perfectamente bien. Sabemos cómo es un círculo, pero no sabemos dibujarlo a mano alzada. Y con nuestra mirada somos capaces de localizar dónde se nos ha ido la mano. A veces hasta nos da vergüenza enseñar a los demás nuestro círculo, porque sabemos que es imperfecto. La bondad, en cierto sentido, puede ser así. Cuando descubrimos en nosotros un comportamiento que difiere de la Bondad, nos da vergüenza. Y sobre esa imperfección, Cristo viene a llamarnos al arrepentimiento.

Hoy en día se entiende por bondad de Dios casi exclusivamente su cariño. A veces confundimos el amor con la benevolencia, como el deseo de ver a otros felices. Lo que nos dejaría realmente insatisfechos sería un Dios que dijera de todo aquello que nos gusta hacer: “¡qué más da! Con tal que estéis conten-

tos...” De hecho, a veces buscamos no tanto un padre en los cielos sino un abuelito senil que le guste ver a los jóvenes entretenerse y cuyo plan consistiera simplemente en decir al final del día: “Me voy contento. Se lo han pasado bien.” Otras veces buscamos no tanto un padre en los cielos sino un hada madrina que atienda a mis caprichos.

Que Dios sea bueno y que Dios sea amor no tiene mucho que ver con esto. Pedir que Dios me ame tal y como soy sin más sería pedir a Dios que deje de ser Dios. Imaginar que Dios deja de amarme cuando no hago lo que él quiere sería pedir a Dios que deje de ser Dios. Que Dios sea bueno conlleva que quiera para nosotros toda la bondad, y que cuando ve en nosotros una imperfección quiera corregirla. Que Dios sea amor conlleva que él sabe amarnos por encima de nuestras imperfecciones, pero que no pacta con ellas, porque él no puede amar lo feo, lo malo, lo que no es verdadero.

Además, la bondad de Dios le lleva a desear para mí el destino más alto y más grande que puedas imaginar: la felicidad completa, verdadera y eterna. Y este impulso le llevará a hacer todo lo posible para que esto se haga realidad en mí. Y Dios no me regala algo que no exista, sino que me ofrece aquello que Él mismo vive: ¡su propia vida!

LA MALDAD

Afirmar que Dios es bueno y después levantar la vista y contemplar que existe el mal es algo que a cualquiera nos escandaliza. ¿Para qué ha creado Dios este mundo? ¿Por qué ha creado a un asesino? Es más, ¿por qué se empeña en salvar a un asesino? Es uno de los escándalos mayores al que nos podemos enfrentar nosotros mismos: que Dios quiera salvar a todos. En la historia de la humanidad han existido personajes siniestros: Hitler, Ne-

rón, Calígula, Jack el Destripador, Bin Laden... ¿os imagináis que nos encontramos con ellos en el cielo? ¡Qué clase de Dios quiere salvar a los que son malos!

Lo primero que tenemos que caer en la cuenta es que la maldad existe, pero no está tan lejos de nosotros mismos como en ocasiones nos imaginamos. Lo más curioso de todo es que casi siempre nosotros mismos tenemos la solución para todo, porque la culpa de lo mal que va el mundo es siempre de los demás, que, por supuesto, son peores que nosotros. De vez en cuando nos consentimos tomar conciencia de nuestros límites, errores y debilidades, y entonces pedimos perdón o incluso nos confesamos, no sin antes haber intentado justificar las motivaciones que me han llevado a tocar un poco de la maldad que en los demás tanto abunda y a mí, inocente corderillo, me contagian. Necesitamos reconocer algo de nuestra culpa personal: a veces elegimos la maldad.

El siguiente paso que necesitamos dar es eliminar la ilusión de que el tiempo eliminará mis pecados. Es como pensar: “bueno, estos son pecados de la juventud, pero cuando sea adulto estas cosas no me pasarán, porque los ardores juveniles se habrán calmado y la sensatez me habrá invadido por dentro”. ¡No! Siempre y en todo momento de la vida nos ha sido regalada la libertad, siempre podemos elegir, y siempre podremos elegir el mal.

Otra ilusión que nos fabricamos es que el tiempo logre que se olvide mi pecado, o que yo mismo olvide mi maldad. Y, lo mejor, que Dios se olvidase de todo lo que he hecho, que hiciera que desapareciera de la historia y así ya no existiera nunca más. Ni yo tendría que recordarlo, ni nadie tendría por qué reprochármelo, ni Dios tendría motivo para perdonarlo. Pero la salvación consiste precisamente en esto: no en suprimir esos momentos, sino en la completa humildad que admite la vergüenza para

siempre, alegrándose de que diera ocasión para la compasión de Dios, y feliz de que sea conocida por todo el universo. ¡Dios conoció mi maldad y me restauró!

La última cuestión a la que tenemos que prestar atención es a no pactar con los números. Es decir, justificar nuestra maldad con un “todos lo hacen así, ¿por qué yo no?”. Es la misma justificación que busca el estudiante cuando no supera un examen: si casi todos han suspendido, será que la prueba era demasiado difícil. Y eso exonera de la culpa. Si en la Alemania Nazi casi todos matan judíos, será que la prueba de no matarlos es demasiado difícil. Si casi todos los de mi edad mantienen relaciones pre-matrimoniales, será que la prueba es demasiado difícil...

Cualquier cosa con tal de no reconocer yo también elijo la maldad. Y necesito conocer y reconocer este punto para poder comprender por qué Dios me ama, para qué entregó a su propio Hijo y cuál es su deseo de eternidad para mí.

EL DOLOR

Si hemos comprendido bien la Omnipotencia, la Bondad y la Maldad, estamos en disposición de entender ahora bien el problema del dolor.

Espontáneamente, tenemos en el corazón algo que nos hace revelarnos contra el dolor. No nos gusta. Queremos que desaparezca. Que se diluya de nosotros y de aquellos a quienes queremos. Que nadie tenga que pasar por episodios de dolor. Es más, cuando no podemos evitar el dolor, le pedimos a Dios que nos lo quite de encima. Que use su omnipotencia para arrancarlo de nuestras vidas. Que use su bondad para amarnos tanto que haga que eso no exista. Pero el problema está en que existe. ¿Cómo un Dios que nos ha hecho la promesa de felicidad eterna puede consentir que vivamos el dolor?

Pero el problema del dolor no es que exista, sino que aprendamos a vivirlo, que comprendamos que tiene un sentido y que solo abrazándolo puede ser redimido.

Es tiempo de mirar a Dios. Cuando en su omnipotencia creó el mundo -porque podía hacerlo-, no lo creó para el dolor. Pero necesitamos rechazar la imagen idílica de que en el Edén todo era bondad, dulzura, mansedumbre... En el Edén también habitaba la serpiente, y Adán y Eva soportaron los sofocos de la tentación. No estaban en una disposición muy diferente de la nuestra: en el momento más insospechado, el Tentador apareció para invitarles a a desobedecer a Dios, que solo podía buscar su bien. Y su fragilidad les hizo caer en la seducciones de quien no les había dicho toda la verdad. Dios, en su bondad, lo mejor que podía hacer era expulsarles de aquel lugar e imponerles la condena que mejor les podía hacer caer en la cuenta del amor que les tenía desde el instante de su creación. Dios es amor, y por eso obró como conocemos.

Pero Dios no puede soportar la aflicción de su pueblo. Él sabe que el mayor bien para el hombre es contemplar su rostros. Por eso no se queda impassible viendo cómo el hombre sufre desorientado, y decide revelarse a Abraham y hacerle una promesa. Por esa promesa, Abraham se puso en camino para buscar el rostro de Dios. Tampoco Abraham anda lejos de nuestra experiencia, que continuamente vamos buscando su rostro, a veces con éxito.

Y Dios desde el cielo tampoco pactó con el sufrimiento de su pueblo. Antes de liberarle de la esclavitud del Faraón le reveló a Moisés que había escuchado el llanto, el dolor y la aflicción de su pueblo, y por eso se había decidido a liberarles. Dios llora por sus hijos, a los que ama y quiere salvar. Este punto es el que necesitamos comprender: Dios no es ajeno a lo que sufro, sino que me escucha siempre y se decide a obrar por mi salvación.

Y cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su propio Hijo a la tierra, a hacerse uno de nosotros, a compartir en todo -y cuando decimos en todo queremos decir en absolutamente todo, menos en el pecado- nuestra condición humana. Por eso vino a mostrarnos el rostro de Dios. Vino a anunciarnos el amor de Dios. Vino a pedirnos que nos apartáramos de la maldad. Es más, vino a curarnos de la maldad. Pero los milagros que obró en su vida pública no eran más que muestras de la fe que tenía quien se lo suplicaba. “Anda, tu fe te ha salvado, en adelante no peques más”. “¿Qué puedo hacer por ti?” “Mujer, ¡qué grande es tu fe! Que se haga conforme a lo que ha pedido”.

Pero no sólo mostró, anunció, pidió y curó: Él mismo sufrió la muerte, y una muerte de Cruz, una muerte llena de dolor. ¿Crees que Dios no puede comprender tu dolor? ¡Mira a la Cruz! ¿Pien- sas que Dios no sabe lo que es el dolor? ¡Mira a la Cruz! ¿Sospe- chas que a Dios no le interesa tu dolor? ¡Mira a la Cruz! Es miran- do a la Cruz como podemos comprender que el dolor no viene de Dios, pero que Dios lo ha querido abrazar para curarlo. Eso mismo es lo que quiere hacer con nosotros.

El dolor nos educa, nos hace capaces de experimentar el amor. Al que mucho se le perdona, mucho ama. Y quien mucho ha sufrido el dolor, si ha sabido hacerlo, mucho sabrá amar.

Por eso podemos libremente querer obedecer en todo a Dios. Quien me ha amado de esta forma, no puede desearme ningún mal. Quien se ha entregado por mí de esta forma, no solo me comprende, es que ha querido pasar por mí lo que yo no sería capaz de pasar.

El dolor se convierte en el altavoz que Dios usa para que comprendamos a qué estamos llamados: no estamos llamados al dolor, sino a la vida que brotó de la Cruz.

EL CIELO

Yo estoy persuadido de que los sufrimientos de la vida presente no son de comparar con aquella gloria venidera que se ha de manifestar entre nosotros. (Rm 8, 18) Hoy en día tenemos ciertos reparos a mencionar el cielo, como si fuese un cuento infantil que no nos acabamos de creer, como si no fuera un lugar real al que estamos llamados a vivir. Pero... o el cielo existe, o el cristianismo es falso.

Pero hay que advertir que el cielo se puede vivir como una especie de soborno: es algo que Dios regala sólo a los que han superado la Gymkhana de la vida como él quería que se hiciera. Pero esto negaría el amor que Dios nos tiene.

Porque Dios es bueno y omnipotente, puede prometernos el cielo y hacernos gozar en él. En esto se manifiesta su amor: en que quiere todo el bien posible para nosotros. Y el cielo es posible, porque el cielo es real.

Y este cielo que se nos ha prometido da respuesta a los anhelos más profundos que albergamos en lo más secreto de nuestro corazón. En el fondo, este anhelo es lo que nos hace movernos continuamente, lo que nos hace tomar decisiones: buscamos la vida del cielo en la tierra. Y en realidad, la tierra es el camino para el cielo.

Nuestra tarea en la tierra es la de responder a este amor infinito que él nos tiene. Y nuestra confianza no puede estar puesta en el abuelito o en el hada madrina, sino en el Padre que con amor restaura a sus hijos amándoles, puesto que no puede hacer otra cosa más que amarnos y hacernos partícipes de su ser.

RECONOCER

1. Podemos buscar ejemplos en nuestra vida en los que hayamos confundido la omnipotencia de Dios con otra cuestión: pidiéndole cosas que no puede hacer, exigiéndole que haga cosas en contra de otras personas, que les robe su libertad...
2. Otra opción es buscar momentos en los que nos hemos relacionado con Dios no como Padre que busca nuestro bien porque nos ama, sino como abuelito que queremos que consienta con todo lo que hacemos o como genio de la lámpara que tiene la obligación de concedernos tres deseos.
3. Por otro lado, podemos buscar hechos de vida en los que no hayamos entendido la maldad del hombre y le hayamos echado la culpa a Dios, como si por su inacción no hiciese lo que tiene que hacer. Otra posibilidad es buscar momentos en nuestra vida en los que no hemos querido asumir en primera persona la realidad de que habíamos elegido libremente el mal.
4. Mirando el problema del dolor, podemos buscar hechos de vida en los que hayamos querido huir del dolor, o no hayamos querido abrazarlo, o nos haya escandalizado su existencia y le hayamos echado la culpa a Dios. ¿Cómo nos hemos comportado? ¿Qué reacción hemos tenido?
5. Por último, podemos buscar hechos de vida en los que el deseo del cielo haya dado luz a nuestras decisiones y a nuestro modo de obrar. Que ese deseo se haya manifestado vivo en nuestra vida.

INTERPRETAR

SAGRADA ESCRITURA

1. **Génesis 3, 1-24:** la tentación en el paraíso
2. **Job 42, 1-17:** Job reconoce la omnipotencia de Dios
3. **Romanos 12, 9-21:** No os dejéis vencer por el mal
4. **1 Corintios 13, 1-13:** El amor no pasa nunca
5. **Éxodo 3, 4-15:** He escuchado el clamor de mi pueblo
6. **Juan 15, 1-17:** Amos como yo os he amado
7. **Salmo 73 (72):** ¿No te tengo a ti en el cielo?
8. **Isaías 25, 6-10:** Aquí está nuestro Dios
9. **Ezequiel 16, 6-62:** Estableceré una alianza contigo
10. **Mateo 20, 1-16:** ¿Tienes envidia porque yo soy bueno?

MAGISTERIO DE LA IGLESIA

1. **Benedicto XVI:** Audiencia General de 30 de enero de 2013, Creo en Dios Padre Omnipotente
2. **Misericordiae Vultus 3:** Ante el pecado, Dios responde con el amor.
3. **Deus Caritas est 12-15:** Jesucristo, el amor de Dios encarnado
4. **Christus Vivat 118-123:** Cristo te salva
5. **Juan Pablo II:** Mensaje para la Cuaresma 2001, La caridad no tiene en cuenta el mal
6. **Papa Francisco:** Audiencia General de 11 de diciembre de 2013, Creo en la Vida Eterna
7. **Papa Francisco:** Homilía en la Domus Santa Marta de 4 de septiembre de 2014, el pecado es el lugar privilegiado para el encuentro con Jesús

ELEGIR

Tras haber entrado profundamente en la Omnipotencia de Dios, en su bondad, en la maldad que hacemos los hombres y en la vida del cielo, necesitamos transformar nuestra vida: no podemos vivir igual.

Quizá éste sea el momento oportuno para revisar cómo estoy viviendo el sacramento de la Penitencia. Si llevo mucho tiempo sin recibirlo, si lo hago frecuentemente, si me preparo bien el examen de conciencia, si confío en que Dios pueda perdonarme y restaurarme... Otra posibilidad para mi compromiso personal puede ser que si no hago un examen diario de conciencia (lo que a lo largo del día me ha regalado Dios y cómo le he respondido, las faltas de amor que he tenido, lo que más me duele y me preocupa...) puedo incluirlo a partir de ahora en mi oración diaria para así conocer mejor cómo respondo a su amor.

Como grupo de jóvenes, a lo mejor podemos ayudar a meditar este misterio a toda la comunidad preparando y participando algún Via Crucis de la próxima Cuaresma, u organizando alguna charla que ayude a todos a comprender mejor este misterio.

Otra posibilidad es que también nosotros nos convirtamos en signos del amor y el perdón de Dios -que al final es ser reflejo de su omnipotencia- en el entorno concreto que nos toca vivir, repitiendo y viviendo la oración atribuida a San Francisco de Asís: que donde haya odio ponga yo el perdón.

También cabe cualquier otra posibilidad, así que... ¡a imaginar y a dejarnos seducir por lo que Dios nos pida!



EL REGRESO DEL HIJO PRÓDIGO, REMBRANDT

En este lienzo aparecen cinco personajes en un espacio de características inapreciables. En un primer plano y de espaldas, un joven aparece arrodillado y recostando su cabeza sobre el regazo de un anciano, su padre.

Los pies del joven reflejan la historia de un viaje humillante: el pie izquierdo, fuera del calzado, muestra una cicatriz, al mismo tiempo que la sandalia del pie derecho está rota. La ropa es vieja, de color amarillento, está estropeada, y lleva la cabeza rapada. Sin embargo, lleva ceñida a la cintura una pequeña espada. Su rostro no se advierte, pues el joven lo hunde en las vestiduras paternas.

Frente a él está el padre, posando las manos sobre su espalda. Las vestiduras del anciano están cubiertas por un manto rojo y asoman las mangas de una túnica de color ocre con reflejos dorados que contrasta con los vestidos harapientos del joven.

La luz inunda el rostro del padre, que dirige la mirada hacia abajo resaltando la emotividad de la escena. Así pues, la mano izquierda se apoya con firmeza y vigor sobre el hombro del muchacho y la mano derecha lo hace con delicadeza.